



Ralph Waldo Emerson

Compensacion

@10enFilosofia

0j • KQ } ^ { [ | ^ k i k ^ B {

Ô [ { ] ^ } • æ & ð }  
Ü æ ] @ Á æ ð [ Á Ö { ^ | • [ }

V i æ ã ~ & & ð } k Ö E æ c æ ã Á Ö E æ ã Ü æ } c æ [   
W Ô T Á Ö E F E   
Š æ ^ } & æ k Á Ö E Á Ö E ð Ô E Ü Ö Á E

Las alas del tiempo son blancas y negras,  
Ostentan la luz del día y las sombras de la noche.  
La elevada montaña y el abismal Océano  
Mantienen estrictamente el vacilante equilibrio.  
En la Luna, que se trueca en la espuma de las olas,  
Se enciende la porfía del Menester y el Tener,  
Dejan siempre en el espacio huella más o menos firme  
La eléctrica centella y el rasgurar del lápiz.  
La Tierra solitaria, entre infinitos globos  
Que se lanzan raudos a la eternidad del éter,  
Pero insignificante que vaga en el vacío,  
Asteroide satélite o chispa compensadora,  
También ella se arroja entre la oscuridad espectral.

Al árbol humano y a las hojas de la vid,  
Robustos y firmes, los renuevos se adhieren;  
La endebles de sus anillos es sumamente engañosa,  
Pues ni uno tan sólo consigue separar la vid del tronco.  
Así, en la vida, niño débil, no temas nada;  
No existe el dios que se atreva a hacer daño a un gusanillo.  
Las coronas de laurel se ciñen siempre al mérito.  
¿Y no eras tu partícipe del poder de aquel que en realidad lo ejerce?  
¡Míralo! Con alas en los pies, corre a tu encuentro.  
Y toda la naturaleza, hecha sustancia tuya,  
Dispersa en el ambiente o concentrada en la piedra,  
Traspondrá los montes, cruzará a nado el mar,  
Irás tras de ti como tu misma sombra.

Desde mi adolescencia he deseado escribir acerca de la Compensación; pues cuando era aún muy joven, me parecía que en esta materia la vida avanzaba a la teología y el saber popular sobrepujaba las enseñanzas de los predicadores. Los documentos de donde podía sacarse esa doctrina, atraían mi imaginación con su variedad infinita y se imponían siempre a mi ánimo, hasta en sueños: porque son la herramienta que manejamos, el pan que comemos, las transacciones que se realizan en la plaza pública, la tierra tomada en arriendo, la casa que habitamos, los saludos, las relaciones, las deudas y el crédito, es decir, se componen del carácter, de la naturaleza y de las cualidades de cada hombre.

Me parecía también que así podía mostrarse a los hombres un rayo de la divinidad, la acción siempre presente del alma sobre esta vida, sin auxilio de ningún vestigio de tradición, y que podía inundarse su corazón de un amor eterno, hablándoles de aquello que saben fue siempre, de cosas que deberán ser siempre, porque son realmente ahora. Consideraba, además, que si lograba expresar esa doctrina en términos que tuviesen cierta semejanza con las luminosas intuiciones que suelen revelarnos la verdad de que se trata, podría convertirla en la estrella que nos impediría extraviarnos, en las horas sombrías, en los senderos tortuosos de nuestro camino.

Me confirmó, por último, en mi deseo un sermón que oí en la iglesia. El predicador, hombre estimado por su ortodoxia, desarrollaba, de la manera acostumbrada, la doctrina del Juicio Final. Aseguraba que el juicio no se ejerce en este mundo; que los malvados triunfan; que los buenos son desgraciados y concluía, según la razón y según la Escritura, que era necesaria una compensación en la otra vida. No observé que a los concurrentes les amedrentase en lo más mínimo semejante doctrina. Al concluir el acto, noté que se separaron, sin hacer comentario alguno sobre el sermón.

Y, sin embargo, ¿qué significaba aquella enseñanza? ¿Qué quería decir el predicador al asegurar que los buenos son desgraciados en esta vida? ¿Quería significar que las casas, las tierras, el vino, los caballos, los trajes, el lujo, pertenecen a hombres sin principios, mientras los santos son pobres y despreciados y que en la otra vida habrá para estos últimos una compensación, que entonces gozarán de iguales satisfacciones, teniendo billetes de Banco y doblones, caza y champagne? Esta debe ser la compensación prometida, porque si no, ¿cuál otra? ¿Es que se les permitirá rogar y alabar al Señor, amar y servir a los hombres? Eso pueden hacerlo ya ahora. La lógica deducción que un discípulo podría sacar de esa doctrina es la siguiente: "Gozaremos los mismos buenos ratos que actualmente tienen los pecadores", o, extremando el razonamiento: "Vosotros pecáis ahora; más tarde pecaremos nosotros: pecaríamos en estos momentos si pudiésemos, pero, como la suerte no nos acompaña, aguardamos a mañana para desquitarnos".

Estriba el sofisma en la inmensa concesión de que medran los malvados y de que la justicia no se cumple en esta vida. La ceguera del predicador consistía en que adoptaba, para definir la felicidad, la vulgar apreciación que corre en boca de todo el mundo, en vez de mostrar a la gente la verdad y de convencerla de ella, anunciando la presencia del alma, la omnipotencia de la voluntad, y estableciendo, así, la base del conocimiento del bien y del mal, de lo cierto y de lo falso.

Hallo en las obras populares religiosas del día el mismo vulgar criterio que en las ideas vertidas por muchos literatos cuando incidentalmente tratan este mismo asunto.

Creo que nuestra teología popular ha ganado en *decorum*, más no en principios, con referencia a las supersticiones, que ha reemplazado. Pero los hombres valen más que semejante teología. Su vida cotidiana le da un mentís. Toda alma cándida y anhelante se anticipa a la doctrina en el curso de su vida, y todos sentimos, a menudo, muchas falsedades que no podemos demostrar. Los hombres son más sabios de lo que ellos mismos creen ser. Lo que oyen decir en la Universidad o en la cátedra, sin que se los ocurra examinarlo, dicho en la conversación lo discutirían, cuando menos en su interior. Si en una sociedad compuesta de elementos algo heterogéneos, alguien dogmatiza acerca de la Providencia o de sus leyes, el silencio con que se le contesta prueba bien claramente al observador el disentimiento del auditorio, a la vez que su incapacidad para explicar aquellas ideas.

En este capítulo y en el siguiente me propongo reunir algunos hechos que indiquen la senda de la ley de la Compensación; y me daré por feliz si consigo trazar un pequeño arco de este círculo.

Encontramos la Polaridad o la acción y la reacción en todas las partículas de la Naturaleza; en la oscuridad y en la luz, en el frío y en el calor, en el flujo y el reflujo de las aguas, en el macho y en la hembra, en la inspiración y expiración de las plantas y de los animales, en la ecuación de la cantidad y de la cualidad de los fluidos del cuerpo animal; en la sístole y diástole del corazón; en las ondulaciones de los fluidos y del sonido; en las fuerzas centrípeta y centrífuga; en la electricidad, el galvanismo y la afinidad química, Si magnetizáis positivamente el extremo de una aguja, el otro extremo quedará magnetizado negativamente. Si el Sud atrae, el Norte rechaza. Para vaciar aquí es preciso amontonar allá. Un inevitable dualismo divide la Naturaleza en dos partes iguales; de suerte que cada cosa no es si no una mitad e implica otra cosa que la integre, como se advierte en el espíritu y la materia; el hombre y la mujer; lo par y lo impar; lo subjetivo y lo objetivo; lo interno y lo externo; lo superior y lo inferior; el movimiento y el reposo; la afirmación y la negación.

A propio tiempo que el mundo es una dualidad, lo son también cada una de sus partes. El sistema entero está representado en cada partícula. Hay algo semejante al flujo y reflujo del mar, al día y a la noche, al hombre y a la mujer, en una ramilla de pino, en un grano de trigo, en cada individuo de cualquier especie sensible. La reacción, tan grande en los elementos, se repite en esos estrechos límites. Por ejemplo, los fisiólogos han observado que no existen en el reino animal criaturas favorecidas, sino que una cierta compensación equilibra siempre las cualidades y los defectos. Un exceso en un lado, lo compensa una pérdida en otro. Si la cabeza u el cuello se alargan, el tronco y las extremidades se acortan.

La teoría de las fuerzas mecánicas es otro ejemplo de esto. Lo que se gana en fuerza se pierde en tiempo y al contrario. Los errores periódicos y compensantes de los planetas son, además, otro ejemplo. La influencia del suelo y del clima en la historia política nos ofrece otro. El clima frío fortifica. El suelo árido no engendra fiebres, cocodrilos, tigres ni escorpiones.

El mismo dualismo existe en la Naturaleza y en la condición del hombre. Cada excedente causa un defecto; cada defecto un exceso. Toda dulzura tiene su amargor; todo mal, su bien; a cada facultad que nos causa placer va unida una pena inherente al abuso que de él se hace. Su moderación responde de su existencia; por cada grano de ingenio, hay uno de locura. Por todo lo que se pierde se encuentra alguna otra cosa y por todo lo que se gana, algo asimismo se pierde. Si las riquezas aumentan, el número de los que las usan crece también. Si alguno acopia demasiado, la Naturaleza recupera lo que el hombre ha encerrado en su cofre. La fortuna crece como la espuma, pero mata a su propietario. La Naturaleza aborrece los monopolios y las excepciones. Las olas del mar no buscan más su nivel en medio de su mayor agitación que las varias condiciones humanas tienden a igualarse. Hay siempre una circunstancia niveladora, que torna a la realidad al orgulloso, al afortunado, al soberbio, al rico y lo pone al mismo pie de igualdad que los demás. Hay un hombre demasiado hosco y adusto para alternar en sociedad; un mal ciudadano por su temperamento y posición; un zafio con ribetes de misántropo: la Naturaleza le envía un enjambre de niños y niñas que enseña a andar la maestra de párvulos del lugar, y por amor hacia ellos y temeroso de desagradarles, su expresión brusca y ceñuda se cambia en cortesía. Así la Naturaleza sabe ablandar el granito y el feldespató, echa fuera al verraco y lo substituye con el cordero y mantiene la balanza en el fiel.

Se imagina el labriego que el poder y la dignidad son cosas bellas y envidiables; pero El Presidente, no obstante, paga cara su Casa Blanca. De ordinario le cuesta tranquilidad y lo mejor de sus varoniles atributos.

Para mostrarse por breve lapso de tiempo a los ojos de las muchedumbres en lugar tan ostensible, ha de resignarse a besar el suelo ante los señores verdaderos que se yerguen detrás de su elevado sitial. ¿Desean los hombres la

grandeza más real y más perdurable del genio? No hallarán en ella la inmunidad. Aquel que por la fuerza de su mente o de su voluntad llega a ser grande y a dominar a millares de hombres, tiene la responsabilidad de su preeminente posición. Cada nueva luz representa un nuevo peligro. ¿Posee la verdad? Debe dar testimonio de ella y ha de agotar esa simpatía que le proporciona tan vivas satisfacciones, para ser fiel a las nuevas revelaciones del alma que no descansa.

Ha de aborrecer a su padre y a su madre, a su esposa y a sus hijos. ¿Posee todo lo que admira, adivina y envidia el mundo? Debe arrojar de sí esa admiración y desconcertar a las gentes con su fidelidad a la virtud; ha de convertirse en irrisión de todos, en objeto de general menosprecio.

Esta ley dicta los códigos de las ciudades y de las naciones. Es vano conspirar contra ella, obrar a pesar suyo. Las cosas no se prestan a ser mal dirigidas durante largo tiempo: *Res nolunt diu male administrari*. Aunque no se advierta ningún freno para un nuevo peligro, la represión existe, y a la postre se la verá. Si el gobierno es cruel, la existencia del gobernante no está segura. Si establecéis impuestos muy crecidos, la renta producirá menos por otro lado. Si dictáis leyes penales sanguinarias, los jurados no condenarán. Si la ley peca de demasiado suave, despertará la venganza privada. Si erigís el terror en sistema, la presión es resistida por un aumento de energía en los ciudadanos y la vida arderá con más viva llama. Diríase que la vida y la dicha reales del hombre parecen excluir los extremos de felicidad o de miseria y parecen susceptibles de establecerse con la mayor indiferencia sobre las circunstancias más distintas.

En cualquier forma de gobierno, la influencia del carácter es la misma: es próximamente igual en Turquía y en Nueva Inglaterra. La Historia se ve obligada a confesar que el hombre debió ser, en tiempo de los antiguos déspotas de Egipto, tan libre como sus conocimientos se lo permitían.

Estas apariencias atestiguan el hecho de que el Universo está representado en cada una de sus partes. Cada cosa en la naturaleza contiene todas las energías de ella. Todo está constituido por una sola materia desconocida. Así, el naturalista ve un tipo único a través de todas las metamorfosis y contempla, en el caballo, al hombre que corre; en el pez, al hombre que nada; en el ave, al hombre que vuela; en el árbol, al hombre dotado de raíces. Cada nueva forma reproduce, no sólo el principal carácter del tipo, sino, uno por uno, todos los detalles, las tendencias, progresos, obstáculos, energías y el sistema entero de los demás seres. Cada ocupación, comercio, arte, negocio, es un compendio del mundo y todas son correlativas entre sí. Cada individuo es un emblema completo de la vida humana: de sus bienes y de sus males, de sus pruebas, de sus enemigos, de su carrera, de su fin. Todos deben representar de algún modo al hombre entero y reproducir todo su destino.

En una gota de rocío se condensa el mundo. El microscopio no puede hallar seres cuya pequeñez sea causa de imperfección. Ojos, oídos, gusto, olfato, movimiento, resistencia, apetito y órganos de reproducción, que le ponen en contacto con la eternidad, todo esto halla lugar donde existir en los seres diminutos. Así ponemos nuestra vida en cada uno de nuestros actos. La verdadera doctrina de la unipresencia consiste en esto: que Dios reaparece con todos sus atributos en cada musgo, en cada telaraña. El Universo halla medio de mostrar todo su valor en cada punto.

Allí está el mal como el bien; si hay la afinidad, coexiste asimismo la repulsión; donde hay fuerza, existe límite o determinación.

Así, el Universo está vivo. Todas las cosas son morales. El alma, que en nosotros es un sentimiento, fuera de nosotros es una ley. Adivinamos su inspiración; más allá, en la historia, vemos su fuerza fatal. "Está en el mundo y el mundo ha sido creado para ella". La justicia no sufre ser pospuesta. Una equidad perfecta mantiene en equilibrio todas las partes de la vida. "Los dados de Dios están siempre cargados". El mundo se asemeja a una tabla de multiplicar, o bien a una ecuación matemática, que, transformada como queráis, se resuelve siempre en una igualdad. Tomad cualquier cifra; su valor exacto, ni más ni menos, se repetirá constantemente. Todo secreto se divulga, todo crimen se castiga; toda virtud recibe su recompensa; todo mal queda reparado en silencio, pero indefectiblemente. Lo que denominamos retribución no es sino la necesidad universal que fuerza al todo a comparecer allí donde se muestra una parte. Si veis humo, allí hay fuego; si veis un miembro, una mano, sabéis que el cuerpo a que pertenece está detrás. Todo acto tiene su recompensa en sí, o, mejor dicho, se integra de dos maneras: primero, en la cosa misma, en la naturaleza real; después, en la circunstancia o naturaleza aparente. Los hombres llaman a esta circunstancia retribución. La retribución en la circunstancia es comprendida por la inteligencia; es inseparable de la cosa; pero, a menudo, se extiende a un largo período de tiempo y no llega por esto a distinguirse hasta transcurridos muchos años. Las señales características de un latigazo pueden tardar en presentarse, mas le siguen porque le acompañan. El crimen y el castigo se desarrollan en el mismo tallo. El castigo es el fruto insospechado del crimen, que madura, oculto, en la flor del placer. No se puede separar la causa del efecto; los medios, del fin; la semilla del fruto; porque el efecto germina en la causa, el fin preexiste en los medios, el fruto está contenido en la semilla. Mientras que el mundo se afianza en su integridad y se niega a ser dividido, nosotros procuramos obrar parcialmente, cortar, acomodar; así, por ejemplo, para dar gusto a los sentidos, separamos el placer de los sentidos de las necesidades del carácter. El hombre ha aplicado siempre su ingenio a resolver este problema; ¿cómo aislar la dulzura, la fuerza, la belleza de lo sensible, de la dulzura, la fuerza y la belleza de lo moral? Lo que viene a ser, repetiremos, pretender quitar de la superficie exterior de las cosas una capa delgadísima, privándola de base; asir un cabo sin tomar otro cabo. El alma dice: come; el cuerpo sólo querría unir la carne. El alma dice: domina todas las cosas, para subordinarlas a los fines de la virtud; el cuerpo querría dominarlas todas para someterlas a sus propios fines.

El alma se esfuerza en vivir y obrar a través de todas las cosas. Quisiera ser el hecho único. Todo lo demás, poder, placeres, saber, belleza, le sería dado de añadidura. El simple particular aspira a ser algo; a alzarse sobre sí mismo; a traficar y regatear por su bien privado; a ir a caballo por ir a caballo; a vestir bien por vestirse; a comer por comer y a gobernar por exhibirse. Los hombres pretenden ser grandes; persiguen los cargos, el poder, la posesión de riquezas, la gloria. Imaginan que ser grande es entrar en posesión de la naturaleza por un lado, el bueno, prescindiendo del otro, el doloroso.

Semejante manera de mutilar y tajar está contrarrestada por los hechos. Hasta hoy, fuerza es confesarlo, ningún proyectista ha conseguido el más liviano éxito. Las aguas separadas se reúnen detrás de nuestra mano. Así que nos proponemos desligarlas de una cosa entera, no hay ya placer en las cosas agradables. No hay beneficio en las cosas provechosas, no hay potencia en las fuertes. Del mismo modo que no podemos dividir en dos las cosas ni tener el recreo sensual único de una cosa, tampoco podemos tener lo interior o la luz sin sombra. "Echad lo natural y volverá al galope".

La vida supone condiciones inevitables que los imprudentes tratan de eludir, que este y aquel se jactan de desdeñar, afirmando que no les interesa. Pero tal aseveración no está más que en sus labios; las condiciones, conózcanlas o no, están en su alma. Si se libran de ellas por un lado, sufren su ataque por otro más vital. Si se escapan a ella en la forma, en la apariencia es porque han resistido a la vida, porque han huido de sí mismos y la retribución fue esa muerte parcial.

Tan evidente es el fracaso de todas las tentativas encaminadas a realizar este divorcio del bien y sus cargas, que tales experiencias no se ensayarían, pues que ensayarlas es estar loco, a no ser por la circunstancia de que, al invadir la voluntad, la enfermedad de la rebelión y de la separación, inficiona al par la inteligencia, de manera que ésta cesa de contemplar a Dios en cada objeto; es capaz de percibir la reducción de una cosa y no advertir el peligro sensual; ve el busto de la sirena y no la cola del dragón; y cree que podrá cortar a su gusto lo que ama y dejar lo que no quiere. "¡Cuan misterioso eres, OH tu que estás en lo más alto de los cielos en silencio, OH grande y único Dios que derramas con infatigable Providencia, a manera de castigo, la ceguera sobre aquellos que tienen desordenados apetitos!".

El alma humana reconoce estos hechos en las narraciones de la fábula y de la historia, en la ley, los proverbios y la conversación. De improviso, su voz resuena en la literatura. Así los griegos llamaron Júpiter el Espíritu Supremo; pero habiéndole atribuido la tradición varias acciones ruines, los humanos recobraron involuntariamente a la razón, atando las manos a un dios tan perverso. Así le han puesto hoy andadores como a cualquier soberano europeo. Prometeo conoce un secreto que Júpiter debe comprar; Minerva, los

tiene bajo llave. "De todos los dioses, únicamente yo conozco las llaves que abren las sólidas puertas de las bóvedas donde duerme su rayo". Confesión clara de la presencia y de la penetración universal del Todo y de su fin moral.

La Mitología india viene a parar a la misma conclusión ética; y parece imposible que se haya inventado y conseguido que circule una fábula que no sea moral. Aurora se olvidó de pedir la juventud para su amante, y, aunque Titón sea inmortal, es viejo. Aquiles no es del todo invulnerable, porque las aguas sagradas no tocaron el talón por donde Tetis le sostenía. Sigfrido, en los Nibelungos, no es completamente inmortal, porque se le cayó una hoja encima de la espalda cuando se estaba bañando en la sangre del dragón, y es vulnerable por aquel punto. Y así debe ser. Existe una grieta en todas las cosas que Dios ha hecho. Diríase que esta vindicativa circunstancia, deslizándose de repente sin que nos percatemos de ello, hasta en la poesía salvaje, donde la fantasía humana ha intentado libertarse de las antiguas leyes y sacudir su yugo, es el reverso; es el contragolpe del fusil, que viene a atestiguar la fatalidad de la ley, evidenciando que en la naturaleza nada se dona, sino que todo se vende.

Esta es la antigua doctrina de Némesis, que vela el Universo y no consiente que quede impune falta alguna. Las Furias, se decía, están encargadas de las obras de la Justicia; y si el sol, en el cielo hubiese torcido su curso, ellas le infligirían el correspondiente castigo. Los poetas referían que las murallas de piedra, las espadas de acero y las correhuelas de cuero tenían oculta simpatía por los perversos sentimientos de sus dueños; el cinturón que Ajax regaló a Héctor arrastró al héroe troyano atado a las ruedas del carro de Aquiles y que Ajax se atravesó con la espada que le regalara Héctor. Dijeron también que cuando los tagios erigieron una estatua a Teagenes, su rival en los juegos olímpicos probó, durante la noche, derribarla, y, cuando la estatua se desprendió de su pedestal, cayó sobre aquel y lo aplastó.

Hay algo de divino en esta voz de la fábula. Proviene de un pensamiento superior que dominaba la voluntad del escritor.

Lo mejor en las obras de cada autor es lo impersonal que hay en ellas: lo que produce inconscientemente; lo que surge de su constitución y no de su invención, harto activa; lo que no es fácil de encontrar estudiando a un solo artista, pero que abstraerías en una reunión de artistas como el espíritu de todos. No es Fidias lo que yo querría conocer, sino la obra del hombre en aquel primer período del mundo griego. El nombre y las circunstancias personales de Fidias, si bien son útiles para la Historia, nos estorban al remontarnos en un examen más elevado. Debemos tratar de comprender a que tendía el hombre de determinada época y lo que le impidió llevar a cabo por causa de Fidias, o si queréis, cómo hubo de modificarlo, bajo la influencia y por la intervención de Fidias, Dante o Shakespeare, órganos del pensamiento de sus respectivas épocas.

Aun es más sorprendente la expresión de este hecho en los proverbios de todas las naciones, que son siempre la literatura de la razón o el enunciado de una verdad absoluta, sin calificación. Los proverbios, como los libros sagrados de cada pueblo, son el santuario de las instituciones. Lo que el mundo perezoso, encadenado a las apariencias, no permitirá decir al realista con sus propias palabras, se lo tolerará son contradecirle en los proverbios. Y esta ley de las leyes, que niega el púlpito, el Senado y la Universidad, se predica a todas horas en todos los mercados, en todos los talleres por multitud de adagios cuya enseñanza es tan real y universal como las bandadas de pájaros y moscas.

Todas las cosas son dobles, tiene su anverso y su reverso. Donde las dan las toman; ojo por ojo, diente por diente; sangre por sangre, medida por medida, amor por amor. Dad y se os dará. Te pagarán en la misma moneda. ¿Que queréis? Dice Dios. Pagad y tomadlo. Quien no se aventura no pasa la mar. Te pagarán por lo que habrás hecho, ni más ni menos. El que no trabaja, no debe comer. Las maldiciones caen sobre los que las profieren. Si echáis una cadena al cuello de un esclavo, el otro extremo de ella se enrolla alrededor de vuestro propio cuello. Los malos consejos confunden al consejero. El diablo es un asno.

Se escribe así, porque así acontece la vida. La ley de la Naturaleza rige y caracteriza nuestros actos con independencia de nuestra voluntad. Perseguimos un fin mezquino, extraño enteramente al bien público; pero por una irresistible fuerza magnética, nuestras acciones se colocan en línea recta con los polos del mundo.

El hombre no puede hablar sin juzgarse a si mismo. Preténdalo o no, en cada palabra traza su retrato a los ojos de su interlocutor. Toda opinión recae sobre aquél que la emite. Es como la esferilla que se dirige a la punta del boliche, pero reteniendo en la mano el cordón que la sujeta; o mejor dicho, es como el harpón lanzado a una ballena que se desenrolla en el barco un lío de cuerda, la cual, si el harpón no es bueno o no fue arrojado convenientemente, acaso arrastre al timonel o hunda el navío.

No podéis hacer el mal sin padecerlo. "Ningún hombre tuvo jamás una puntita de orgullo, que no fuese para él causa de menoscabo", dice Burke. Entre la gente elegante, el exclusivista no advierte que se excluye a si mismo del goce al pretender monopolizarlo. En religión, el que cierra la puerta del cielo a los demás no ve que se la cierra para si mismo. Tratad a los hombres como si fuesen peones de ajedrez o bolos con que se juega, y sufriréis tanto como ellos. Si pretendéis ignorar su corazón, perderéis el vuestro. Los sentidos querrían ver cosas en todas las personas: en las mujeres, en los niños, y en los pobres. El proverbio vulgar: "Si no lo cobro de su bolsa, lo cobraré de su piel", es hondamente filosófico.

Todas las infracciones a la equidad y al amor debido al prójimo en las relaciones sociales pronto reciben su castigo. Este castigo es el temor. Mientras mis relaciones con los demás son sencillas, no experimento ninguna contrariedad al hallarme con ellos. Nos encontramos unos con otros como se juntan las aguas, o como se confunden dos corrientes de aire, con perfecta fusión e interpretación de naturaleza. Pero así que se aparta uno de la cordialidad, o se anda con efugios y arterias, tan luego como lo que es bueno para mí no lo es para mi vecino, siente éste el agravio; me evita tanto como procuro yo evitarle; sus miradas no buscan las mías; se declara la guerra entre nosotros; él siente odio y yo temor.

La sociedad venga siempre de la misma manera todos los antiguos abusos, universales y particulares, todas las acumulaciones injustas de propiedad y de poder. El temor es un maestro muy sagaz y el heraldo de todas las revoluciones. Enseña una cosa y es, a saber, que hay algo corrompido donde él se presenta. Es un cuervo husmeando la carroña y aunque no veáis todavía por qué se cierne en tal paraje, estad seguros de que la muerte anda por allí. Nuestra propiedad es timorata; nuestras leyes son tímidas, y son medrosas nuestras clases directoras. Desde hace siglos el temor se levanta sobre el Gobierno y la propiedad, profetizando, haciendo visajes, hablando en jerga. No en vano está ahí ese pájaro repugnante. Indica que existen grandes agravios por reparar.

No es otra la naturaleza de ese sentimiento de expectación, presagio de mudanzas que sigue instantáneamente a la suspensión de nuestra actividad voluntaria. El terror del cielo, sin nubes, la esmeralda de Polícrates, el temor de la dicha, el instinto que lleva a toda alma generosa a imponerse prácticas de noble ascetismo y de virtud humanitaria, todo esto son las oscilaciones de la balanza de la justicia en el corazón y el espíritu de los hombres.

Las personas experimentadas saben perfectamente que lo mejor es pagar al contado y que a veces cuesta muy cara una pequeña economía. El que toma prestado, contrae deudas. ¿Se gana algo en recibir cien favores y no hacer ninguno? ¿Qué se gana con pedir prestado, por astucia o pereza, los bienes o los caballos al vecino? En el mismo instante surge ante nuestra mente la conciencia de la merced que se nos concede, por una parte, y de una deuda, por la otra; es decir, de superioridad y de inferioridad. La transacción permanece en la memoria de ambos hombre y cada nueva operación modifica conforme a su naturaleza las relaciones del uno para con el otro. Pronto se advierte que hubiera valido más romperse la crisma que ir en el coche del vecino y que "el más elevado precio que pueda darse por una cosa es haber pretendido tenerla de balde".

El hombre discreto aplicará esta lección a todas las circunstancias de la vida; comprenderá que es obra de prudencia el no volver la cara a ninguno de sus acreedores, debiendo, por el contrario, satisfacer toda demanda justa dirigida a

su tiempo, a sus talentos, a su corazón. Pagad siempre; tarde o temprano será preciso pagar la deuda entera. Personas y acontecimientos pueden colocarse durante cierto tiempo entre vosotros y la justicia; pero esto no es más que un aplazamiento. O será preciso concluir por la solvencia de la deuda. Si sois juiciosos, temeréis una prosperidad que os traerá consigo más obligaciones. El beneficio es el fin de la Naturaleza; pero por cada beneficio recibido se impone una obligación. Es grande todo aquel que produce el bien y lo es tanto más cuanto mayor suma de bienes realiza. Y es vil, la cosa más vil de la tierra, el que recibe mercedes y no da ninguna.

En el orden de la Naturaleza, nunca, o raras veces, podemos pagar con beneficios a aquellos de quien los hemos recibido. Pero es indispensable restituir beneficio por beneficio, pulgada por pulgada, peso por peso, centavo por centavo, lo que hemos recibido. Desconfiad del excedente de bien que os quede largo tiempo entre manos. Pronto se corromperá, criará gusanos. Libraos de él de cualquier modo cuanto antes.

El trabajo está regido por las mismas leyes implacables. El trabajo más barato, dicen los prudentes, es el más caro. Lo que compramos en una escoba, una estera, un carretón, un cuchillo, es una aplicación del sentido práctico a una necesidad común. Vale más pagar este sentido práctico, si se trata de vuestro jardín, a un hábil jardinero; si de navegar, a un buen marinero; si de la casa, a cualquiera que sepa cocinar, coser, servir; si de vuestros negocios, a un hombre que sepa contar.

De esta manera multiplicáis vuestra presencia y atendéis a cuanto os pertenece. Pero a causa de esa doble constitución de las cosas, no son posibles las trampas en el trabajo, como lo son en la vida. El ladrón se roba a si mismo. El petardista se estafa a si propio. Porque el precio verdadero del trabajo consiste en el saber y la virtud de que son dignos la riqueza y el crédito, por decirlo así. Puede falsificarse o robar estas cosas, como billetes de Banco; pero lo que representan, esto es, el saber, la virtud o la fuerza, eso no puede ser falsificado ni robado. A semejantes fines del trabajo no se alcanza si no por verdaderos esfuerzos de espíritu y obedeciendo a móviles puros. El fullero, el defraudador, el jugador, no pueden arrancar por fuerza, a la naturaleza moral y material, el conocimiento que procuran al trabajador su honrada aplicación y su fatiga.

La ley de la naturaleza es: Haced la cosa por vosotros mismos y adquiriréis el poder; pero los que no hacen la cosa, no obtienen el poder que ella encierra.

El trabajo humano en todas sus formas, desde el consistente en aguzar una estaca hasta el de construir una ciudad o componer un poema épico, no es más que un inmenso ejemplo de la perfecta compensación que reina en el universo. El equilibrio absoluto del Debe y el Haber, la doctrina que establece que cada cosa tiene su precio, y que si este no se paga no se obtendrá la cosa

deseada ninguna otra, pues es imposible adquirir nada sin dar su precio, no es menos sublime en el Libro Mayor de un comerciante que en los presupuestos del Estado, en las leyes de la luz y la sombra, en todas las acciones y reacciones de la Naturaleza. No es dudoso para mí que las leyes supremas cuya aplicación puede ver cada cual en su labor cotidiana la ética severa que centellea en el filo su cincel, que es medida con su plomada y su metro, que resalta con tanta evidencia en la nota de un tendero como en la historia de una nación no le encariñen con su trabajo por humilde que sea y aunque las mencione pocas veces no exalten su oficio en su imaginación.

La unión que existe entre la Naturaleza y la virtud conduce a todas las cosas a mostrar una cara hostil al vicio. El esplendor de las leyes y la substancia del Universo persiguen al traidor y le azotan. Este advierte que todo está dispuesto para el bien y lo verdadero, y que no hay en el ancho mundo un agujero para ocultar al bribón. Cometed un crimen, y la tierra os parecerá de cristal. Perpetrad un delito, y semejará que una capa de nieve como la que delata los bosques las huellas de la perdiz, de la zorra, de la ardilla, del topo, haya alfombrado el suelo. No podéis recoger la palabra pronunciada, ni borrar la señal de vuestro paso, ni retirar la escalera sin dejar alguna prueba o indicio. Siempre transpira alguna circunstancia acusadora. Las leyes, la substancia de la Naturaleza el agua, la nieve, el viento, la gravitación, tórnanse jueces y testigos del acto del delincuente.

Del otro lado la ley se cumple con el mismo rigor en las acciones rectas. Amad y seréis amados. Todo amor es matemáticamente justo, como existe perfecta igualdad entre los dos términos de una ecuación algebraica. El hombre bueno posee el bien absoluto, que, como es fuego, lo trueca todo en su propia naturaleza, de manera que no se le puede irrogar ningún perjuicio, sino que, como los ejércitos reales enviados contra Napoleón tiraban sus enseñas para seguirle y de enemigos pasaban a ser amigos, así los desastres de toda índole, las enfermedades, las ofensas, la pobreza, se convierten en bienhechores suyos.

“Los vientos soplan y las olas vuelan por la fuerza del animoso, y el poder y la divinidad, en si mismos, nada son.”

Los buenos son favorecidos hasta por la debilidad y los defectos. Así como a nadie dejó de serle perjudicial, uno u otro día, cualquier motivo que tuvo para enorgullecerse, a nadie tampoco dejó alguna vez de serle útil un defecto. El siervo de la fábula admiraba sus astas y se quejaba de sus pies, pero cuando se acercó el cazador estos le salvaron, y, después amarrado en la espesura, aquellas le perdieron. Todo hombre, en el curso de su vida, debe estar agradecido a sus defectos. Por la misma razón que ningún hombre comprende realmente una verdad mientras no ha luchado contra ella, así nadie tiene cabal conocimiento de las cualidades o los defectos humanos, si no ha sufrido por causa de estos y si no vio el triunfo de aquellas sobre la propia incapacidad.

¿Tiene un temperamento que le haga impropio para el comercio con la sociedad? Pues se verá obligado a entretenerse solo, a ser independiente y, como la ostra herida, repara su concha con una perla.

Nuestra energía sale de nuestra debilidad. La indignación, armada de fuerzas secretas, no se despierta en tanto no nos pinchan, irritan y acometen violentamente. Un grande hombre no tiene, a veces, inconveniente en mostrarse pequeño. Cuando el éxito le cobija en sus brazos, se duerme en ellos. Cuando le empujan, atormentan, derrotan, entonces tiene la probabilidad de aprender algo; hecha mano de su ingenio, de su valor; adquiere nueva experiencia; reconoce su propia ignorancia; se cura de la manía del amor propio; gana en moderación y adquiere destreza verdadera. El hombre prudente se coloca del lado de los asaltantes. Su interés, más bien que el de los demás, es hallar su punto débil. Cicatrizada su herida, la piel muerta se desprende, y cuando sus enemigos le creyeron vencido, el pasa en medio de ellos invulnerable. La recriminación es más saludable que la lisonja. Por mi parte, detesto que algún periódico me defienda. Mientras no hablan de mí si no en son de censura, experimento cierta confianza en el éxito. Pero tan pronto como me dedican frases melosas, me siento entonces ya expuesto, sin defensa, a los ataques de mis enemigos. Generalmente, todo mal al que no sucumbimos es un bien. Como los habitantes de las islas Sándwich creen que la fuerza y el valor del enemigo que matan se comunican a su ser, así nos apropiamos la fuerza de la tentación a la cual resistimos. La misma guardia armada que nos protege contra el desastre, los defectos y la enemistad nos defienden, si queremos, contra el egoísmo y el fraude. Los cerrojos y las barreras no son lo mejor de nuestras instituciones, ni son el engaño ni la astucia en el comercio signos de sensatez. Amarga todos los días del hombre la estúpida superstición de que pueden engañarle. Pero es imposible engañar a nadie si no se engaña el, como es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo. Hay una tercera persona que asiste en silencio a todos nuestros contratos. La naturaleza y el alma de las cosas se encargan de garantizar el cumplimiento de todas las convenciones; de manera que el servicio honradamente prestado no inflija pérdida. Si servís a un maestro desagradecido, no dejéis de hacerlo bien. Cada golpe tendrá su recompensa. Como más se diferirá el pago, tanto más valor adquirirá para vosotros, pues las acumulaciones de intereses compuestos son el rédito ordinario de aquel banquero.

La historia de las persecuciones es la historia de las tentativas hechas para poner diques a la naturaleza, para hacer ascender el agua a las montañas y para tejer una cuerda con granos de arena. Es indiferente que los actores sean muchos o uno solo, que se trate de un tirano o del populacho. Una muchedumbre desenfrenada es una reunión de cuerpos que voluntariamente se privan de la razón, que se ponen en lucha con su obra. Es el hombre que desciende por su voluntad al nivel de la bestia. Su hora propia de actividad es la noche. Sus acciones son insensatas, como toda su constitución. Persigue un principio y querría atropellar un derecho, y embrear y emplumar la justicia derramando el fuego y ultraje sobre las personas y los bienes de aquellos que

profesan el principio o tienen el derecho. Su pretensión es análoga a la locura de los muchachos que corren con las bombas de incendio para apagar la roja aurora anegando las estrellas. El espíritu inviolable vuelve contra los malhechores todo el rencor de que están poseídos. El mártir no puede ser deshonorado. Cada herida que recibe es un clamor de gloria; cada prisión, una morada ilustre; cualquier libro o casa que se quema alumbrará al mundo; toda palabra reprimida o borrada se repite de uno a otro extremo de la tierra.

Llegan las muchedumbres como para los individuos horas de juicio en que, imperando el buen sentido, la verdad queda reconocida y justificados los mártires.

Así, toda cosa preconiza la indiferencia de las circunstancias. El hombre es todo. Toda cosa tiene dos caras: la buena y la mala. Cada ventaja tiene su precio. Aprendo a contentarme. Pero la doctrina de la compensación no es la doctrina de la indiferencia. Muchos atolondrados dirán, leyendo estas reflexiones: "¿Para qué sirve hacer el bien? Todo redundará en lo mismo; si algo gano, es preciso que lo pague; si pierdo, vuelvo a encontrar otra cosa; todas las acciones son indiferentes en sí mismas".

Pero hay en el alma un hecho más profundo que la compensación, y este hecho es su propia naturaleza. El alma es. Bajo todo este mar agitado de las circunstancias, cuya marea sube y baja con perfecto equilibrio, se encuentra el abismo originario del Ser real.

La esencia o Dios, no es una relación o una parte sino el todo. El Ser es la vasta afirmación que excluye la negación, que halla su equilibrio en sí mismo y absorbe en sí todas las relaciones, partes y tiempos. La Naturaleza, la Verdad, la Virtud, emanan de él. El Vicio es la ausencia o el defecto del Ser. La Nada, lo Falso, puede representar la gran sombra, la Noche, sobre cuyo fondo el Universo vivo se dibuja. Pero solo puede engendrar; no puede obrar, porque no es. No puede producir ningún bien, ni daño alguno. Es un mal, en el sentido de que vale más ser que no ser.

Nos enfada ver la mala acción impune, porque contemplamos al criminal encenagarse más y más en el vicio y contumacia, sin llegar a una crisis o a un juicio en parte alguna de la naturaleza visible. No es confutada entre rayos y truenos su locura ante los hombres y los ángeles reunidos. ¿Ha conculcado por esto la ley? No; en la misma proporción que lleve la malicia y la mentira consigo, muere para la naturaleza. Un día se presentará clara a su entendimiento una demostración del perjuicio que se causó a sí mismo y, aunque no lo veamos, esa implacable deducción de vida, esa muerte parcial, restablece la balanza de la eterna cuenta.

Por otra parte, tampoco puede decirse que el provecho de la rectitud deba equilibrarse por una pérdida. No hay pena para la virtud; no la hay para la sabiduría. Una y otra son, hablando con propiedad, adiciones del ser. Por una acción virtuosa afirmo mi existencia, soy, añadido a la creación. Edifico en desiertos conquistados a la nada y al caos, mientras las sombras retroceden a mi vista en los confines del horizonte. No puede haber exceso en el amor; no lo hay en el conocimiento ni en la belleza, cuando estos atributos se consideran en su más puro sentido. El alma se niega a que se la limite, y afirma siempre el Optimismo por encima de todos los pesimismo.

Su vida es progreso y no estacionamiento. Su instinto es la confianza. Al aplicar al hombre las palabras más y menos, expresamos instintivamente la presencia del alma y no su ausencia; el animoso es más hombre que el tímido; el sincero, el caritativo, el juicioso, son más hombres y no menos que el insensato y el malvado. La virtud no tiene precio, porque es la emanación de Dios mismo o de la existencia absoluta, donde no hay nada relativo. Los bienes materiales tienen su tasa, y si la casualidad me los depara sin que los haya merecido, si no son el fruto de mi sudor, no echan raíces en mí y el primer viento que sopla los arrastra. Pero todos los bienes contenidos en la Naturaleza son bienes del alma y ésta puede obtenerlos pagándolos con la moneda de la Naturaleza de buena ley, es decir, trabajando en una ocupación que permitan el corazón y la cabeza. No deseo ya dar con un bien que no haya merecido; por ejemplo, encontrar una onza de oro enterrada, pues sé que traerá consigo nuevas cargas. No quiero una superabundancia de bienes externos, propiedades, colores, poder, representación. El provecho es aparente; el gravamen, cierto. Pero el convencimiento de que existe la compensación y de que no es cosa apetecible exhumar un tesoro, está exento de tributos. Todo esto me regocija y me proporciona una paz tan serena que, con ella presiento algo de lo eterno. Reduzco los límites del mal posible. Aprendo la sabiduría de San Bernardo: "Nada puede causarme daño, sino yo mismo; llevo conmigo el error por mi creado y nunca padezco realmente, a no ser por mis propias faltas".

La compensación para la desigualdad de condiciones radica en la naturaleza del alma. La tragedia radical de la naturaleza parece consistir en la distinción de lo Más y lo Menos, ¿Cómo puede lo Menos no sentir pena? ¿Cómo puede no experimentar indignación o malquerencia contra lo Más? Mirando a aquellos que están peor dotados, se siente uno molesto y no sabe como proceder. Se evita mirarles, temen reprocharle a Dios por su propia desvalía. ¿Qué podrían hacer ellos? Esto parece una tremenda injusticia. Pero contemplad más de cerca los hechos y se desvanecen esas enormes desigualdades. El amor las reduce a la nada, como el sol funde los témpanos en el mar. No siendo más que uno el corazón y el alma de todos los hombres, desaparece la amargura de lo suyo y de lo mío. Lo que es de el es mío. Yo soy mi hermano y el es yo. Si siento que mis poderosos vecinos me hacen sombra y me empequeñecen, aun puedo amar, todavía puedo continuar recibiendo, y el que ama se apropia la grandeza amada. Así descubro que mi hermano guarda lo que yo poseo y que le animan amorosas intenciones para conmigo y que la fortuna que tanto

admiraba y envidiaba me pertenece. Está en la naturaleza del alma hacer suyas todas las cosas. Jesús y Shakespeare son fragmentos del alma, y por el amor me los incorporo y me los apropio; forman parte del dominio de mi propia conciencia. ¿No es mía su virtud? Su espíritu, si no consigo hacerlo mío, no es espíritu. No es otra tampoco la historia natural de todas las calamidades. Los cambios que con breves intervalos trastornan la prosperidad de los hombres, son advertencias de la Naturaleza, cuya ley es el crecimiento. Por esta necesidad intrínseca, todas las almas abandonan su sistema entero de cosas, sus amigos, su hogar, sus leyes, su fe, como el molusco se arrastra fuera de su concha, hermosa, pero restringida, porque le impide crecer y desarrollarse, y lentamente se forma otra vivienda. La frecuencia de esas revoluciones aumenta en proporción del vigor de los individuos; en un ser mejor dotado que los demás, esas revoluciones son incesantes, con lo que todas las relaciones humanas flotan muy sueltamente en torno suyo, formando como una membrana transparente y fluida, a través de la cual se ve la forma viva, y no, como en la mayor parte de los hombres, una construcción de diferentes épocas, endurecida y heterogénea, sin carácter propio definido, en la que están aprisionados. En ese caso puede haber allí expansión, y el hombre de hoy no reconocerse apenas en el de ayer. Y tal debería ser la biografía externa del hombre en el curso de los tiempos: el despojo diario de las circunstancias fenecidas, semejante al despojo diario de sus ropas. Pero para nosotros, que somos de rango inferior, para nosotros que no avanzamos, sino resistimos, que no cooperamos a la expansión divina, este crecimiento se efectúa únicamente por medio de choques.

No podemos separarnos de nuestros amigos. No queremos dejar que remonten el vuelo nuestros ángeles. No comprendemos que si ellos se van es sólo para dar paso a los arcángeles. Somos idólatras del pasado. No creemos en las riquezas del alma, en la eternidad, que le es propia, y en su presencia universal. No comprendemos que hay una fuerza en el hoy que rivaliza con el maravilloso ayer y que es capaz de volverlo a crear. Nos detenemos en las ruinas de la antigua tienda, donde recibimos abrigo, alimento y fuerza, y no creemos que el espíritu pueda todavía alimentarnos, protegernos y fortificarnos nuevamente.

No podemos encontrar nada tan gracioso, tan dulce, que nos inspire tanto cariño. Pero en vano nos sentamos y lloramos. La voz del Todopoderoso nos grita: "¡Adelante; siempre adelante!". No podemos quedarnos entre las ruinas; si no queremos apoyarnos en lo nuevo, andaremos con los ojos vueltos, como esos monstruos que miran hacia atrás.

Y, sin embargo, también la compensación de las calamidades es visible para la inteligencia después de largos intervalos de tiempo. Una fiebre, una mutilación, un cruel desengaño, un revés de fortuna, la pérdida de un amigo, todo esto parece, en el primer instante desdichas no compensadas e irreparables.

Pero los años revelan el profundo poder reparador que se oculta bajo todos los hechos. La muerte del amigo entrañable, de la esposa, del hermano, de la amante, que al principio solo parece una privación, más tarde toma el aspecto de un guía, de un genio; tales acontecimientos determinan comúnmente una revolución en nuestra vida; cierran el período de la infancia o de la juventud, que esperaba su fin; rompen la monotonía de una ocupación habitual; destruyen un hogar; ponen término a una manera de vivir y permiten la formación de otros hábitos más favorables al desenvolvimiento del carácter.

Todo esto permite o prepara la formación de nuevas relaciones, la recepción de nuevas influencias, que tendrán capital importancia para el porvenir, y la mujer o el hombre que no habría sido sino una flor de jardín, sin espacio bastante para extender sus raíces y con sus hojas expuestas a los rayos de un sol demasiado ardiente, se convierte por la caída de los muros y la negligencia del jardinero, en el banano de la selva, que da frutos y sombra a toda una población humana.